

Le Breton, David; Saraví, Jorge Ricardo (tr.); Sierra, Mónica (rev.)

Pasiones del riesgo y contacto con la naturaleza

Educación Física y Ciencia

2009, vol. 11, p. 13-31

Cita sugerida:

Le Breton, D.; Saraví, J. R. (tr.); Sierra, M. (rev.) (2009). Pasiones del riesgo y contacto con la naturaleza. Educación Física y Ciencia, 11, 13-31. En Memoria Académica.

Disponible en: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.3977/pr.3977.pdf

Documento disponible para su consulta y descarga en **Memoria Académica**, repositorio institucional de la **Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FaHCE)** de la **Universidad Nacional de La Plata**. Gestionado por **Bibhuma**, biblioteca de la FaHCE.

Para más información consulte los sitios:

<http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar>

<http://www.bibhuma.fahce.unlp.edu.ar>



Esta obra está bajo licencia 2.5 de Creative Commons Argentina.
Atribución-No comercial-Sin obras derivadas 2.5

Pasiones del riesgo y contacto con la naturaleza

Risk passion and outdoor activities

David Le Breton*

Universidad Marc Bloch de Estrasburgo, Francia

Traducción del artículo: Jorge Ricardo Saraví

Revisión de la traducción: Mónica Sierra

Resumen

Muchos deportistas aficionados en occidente, están emprendiendo hoy en día, largas e intensas ordalías donde la capacidad personal de resistir al sufrimiento en aumento constituye el objetivo principal. La carrera, el footing, el triatlón, el trekking, etc., son tipos de ordalías en las que la gente, sin apoyarse en una habilidad específica, no compite contra otros, sino que somete a prueba su propia capacidad para soportar el dolor creciente. El individuo se evalúa constantemente a sí mismo en una sociedad donde los puntos de referencia son incontables y contradictorios, donde los valores están en crisis, y busca entonces una relación cercana con significados profundos, probando su fuerza de carácter, su coraje y sus recursos personales. Seguir adelante hasta final de las ordalías autoimpuestas da una legitimidad a la vida y provee un umbral simbólico en el cual apoyarse. El funcionamiento en sí mismo tiene una importancia secundaria; sólo cuenta para el individuo. No se trata de luchar contra un tercero, es sólo un método para reforzar la voluntad personal y vencer el sufrimiento, justo al límite de una demanda personalmente impuesta. El límite físico ha venido a sustituir

* David Le Breton es profesor de sociología en la Universidad Marc Bloch de Estrasburgo, Francia. Autor de numerosas obras que tratan la antropología del cuerpo. Obras traducidas al español: *La sociología del cuerpo* (Buenos Aires, Nueva Visión), *Antropología del cuerpo y modernidad* (Buenos Aires, Nueva Visión), *Las pasiones ordinarias. Antropología de las emociones* (Buenos Aires, Nueva Visión), *El silencio* (Madrid, Sequitur), *Antropología del dolor* (Madrid, Seix Barral), *El sabor del mundo. Una antropología de los sentidos* (Buenos Aires, Nueva Visión).



que ellas exigen y en la eventualidad del accidente que ellas conllevan. Se atraviesan los mares a nado, a remo, en tabla de windsurf, sobre esquís arrastrando un equipo de supervivencia; se bajan ríos en rafting, en canoas, en kayaks, si es posible en lugares inaccesibles, con rápidos y caídas que le dan « pimienta » a la acción y fortifican al grupo; se recorren desiertos a pie, en ultralivianos, en auto, a caballo, en moto, en camión, inclusive en bicicletas preparadas; se escalan las cimas en grupo, con la gente de una empresa, sólo, con las manos desnudas, con o sin oxígeno, en todas las estaciones sabiendo que el invierno otorga el mejor rendimiento simbólico, sobre todo si se trata de la cara norte, en cordadas de enfermos, de personas que tienen una discapacidad física o sensorial; se realizan varias escaladas una tras otra en el tiempo lo más breve posible, se accede a la cima para lanzarse en parapente, en ala delta, en esquí extremo, en monoesquí, en snowboard... Se marcha, se corre, se cabalga, se nada, se utiliza la mountain bike entre dos ciudades, dos dificultades, dos continentes, durante semanas, meses o años. Se corre un maratón o tres o cuatro continuados sin descanso; se llega al polo en ULM¹, a pie, en trineo, en esquí de fondo; se va a la jungla en canoa, en balsa, con un machete o con un botiquín de primeros auxilios, a la búsqueda de los « últimos hombres salvajes » o para reconstruir hoy una travesía o una navegación fluvial de conquistadores del siglo XVI, reviviendo la exploración del Amazonas o de un río de Asia... El planeta se transforma en un estadio con propuestas ilimitadas para el uso de los occidentales. Algunos de los cuales no dudan en hacerle cosquillas a la muerte con el refuerzo de sponsors, en países donde el éxito para los habitantes consiste en terminar el día sin morir de hambre o sin que su hijo enfermo, afectado por una diarrea, desaparezca.

Rafting, canyoning², trekking, escalada, parapente, etc. forman parte de las actividades realizadas regularmente en el tiempo libre o en vacaciones. Una multitud de actividades buscan un nombre o utilizan términos ingleses para hacerse un lugar en el mercado. Las agencias de viaje rivalizan en creatividad para proponerle a su clientela trekkings en alta montaña, en los desiertos o experiencias insólitas como recorridos en la jungla o visitas a volcanes: « como no hay rutas, alquilamos un camión 6x6, un vehículo que va por el agua y un helicóptero. Les pagamos a los pilotos. Le sacamos las ventanillas y las puertas, y llegamos a posarnos sobre el borde del cráter. En Vanuatu, en las Nuevas-Hébridas, bajamos con cuerdas y vestimentas aluminizadas para rechazar el calor. En el interior

¹ N. del T: ULM son las siglas de vehículo ultraliviano motorizado, pequeño avión armado por aficionados.

² Del canyoning, un monitor especializado dice que cada año entre 5 y 10 personas pierden la vida en Francia. Él estima en 5000 los practicantes solamente en Francia. El canyoning consiste en descender de ríos o de torrentes de montaña equipados de una vestimenta especial y un casco. Muchos se lanzan a la aventura sin guías y con un modesto conocimiento del medio.

del cráter, hay un lago de lava y dos pozos de alrededor de 300 metros de profundidad. Los colores amarillos, rojos, violetas, son mezclados por olas de lava monstruosas » explica a sus clientes el responsable de una agencia que propone salidas de exploración de volcanes (Diario Libération, 8-9/7/2000).

Las largas carreras en ruta o en montaña apasionan a los aficionados. Los bosques o las laderas de las montañas se cubren de « recorridos-aventura » donde se pasa de una dificultad a otra a algunos metros del suelo, de los puentes colgantes de troncos, a los estribos, después escaleras de sogas, etc. Las instalaciones que se expanden participan de un simulacro del mundo, de su espectacularización creciente. No se trata de soñar con la aventura, con la formidable formación de sí mismo que suscitaba por ejemplo la lectura o el viaje fuera de toda referencia en una experimentación apasionada e inventiva de la desnudez del mundo. Lo que importa a menudo es seguir al guía y alinearse en la fila. Los valores de competencia, rendimiento, tanto en el tiempo libre como en la existencia, se desarrollan a grandes pasos. Frecuentemente en esas actividades el riesgo es un simulacro, se juega más bien sobre su idea que sobre sus heridas. Al mínimo accidente algunos apelan a la justicia y presentan cargos contra los organizadores. Se quiere el riesgo sin el riesgo.

La montaña que forjaba a los hombres y sellaba las amistades existe siempre, pero pierde cada vez más terreno en detrimento de la búsqueda personal de la hazaña, a veces en un absoluto desconocimiento de las condiciones geográficas y meteorológicas dado que ella se convirtió en un estadio donde lo que importa es hacer una demostración personal de excelencia sin perder tiempo en acceder a esos lugares. Ciertos responsables, guías o animadores, llevados por una lógica mercantilista y por una demanda que los sobrepasa, asumen riesgos profundamente discutibles para los que confían en ellos y que son engañados así por una presunción profesional o por la convicción inocente de la bondad de la suerte a su respecto.

Las actividades de deslizamiento modificaron profundamente el paisaje de las estaciones de deportes de invierno: monoesquí, snowboard, télémarch, skwal. La competencia es dura y conlleva a conflictos múltiples de uso y de cortesía. El fuera de pista nace del auge de los deportes de invierno en Europa en los años sesenta. Las estaciones fueron equipadas de medios de elevación mecánicos y se trazaron pistas balizadas para darle un marco al público que empujaba con todo el deseo de tomar los atajos. El fuera de pista es hoy un espacio de predilección de los esquiadores o de los skaters que ignoran los lugares o las condiciones meteorológicas, y también los riesgos incurridos para sí o para otros. Voluntad de velocidad sin tener que rendir cuenta y, a través de este imaginario masculino, romper la virginidad de un paisaje dejando un rastro de sí sobre la nieve. Esto afirma un practicante: «Si se quitan todos los riesgos, esto no me

interesa más». El riesgo en la materia es sin embargo, menor para sí que para los otros. Las avalanchas que se desencadenan pueden ser mortales para los que se encuentran a su paso. Aparte de las numerosas colisiones cuando las pistas son tomadas cruzándose.

En Francia, solamente en la Alta Saboya, mueren entre 50 y 60 personas cada año mientras que se cuentan alrededor de 600 heridos. En Chamonix durante ciertos períodos los helicópteros de socorro salen una veintena de veces por día. Ya sea que se trate del mar o de la montaña, la cuestión está siempre relacionada con el riesgo, sea para sí mismo por ignorancia del medio, por una confianza demasiado alta en las competencias personales, o en las modificaciones meteorológicas inesperadas. Para los rescatadores, que exponen su vida sin haberlo escogido, la seguridad conlleva serios dilemas éticos. Si la legitimidad de poner en peligro su existencia deliberadamente nos remite sólo a la conciencia del deportista, él no puede ocultar su responsabilidad personal si está en dificultades y arrastra a que lo salven a individuos que son quizás críticos de este tipo de riesgo³.

Los raids han tenido un gran éxito en las sociedades occidentales. En 1988, Gérard Fusil lanza la idea del Raid Gaulois, asociando la «aventura» a varias actividades físicas. Se trataba de una carrera en equipos de 5 personas con la obligación de la presencia de una mujer. Hoy los raids se multiplican, competencias en plena naturaleza que conjugan escalada, natación, carrera a pie, marcha, caballo, canoa, bicicleta, etc. según las circunstancias. Una familia acostumbrada a estas pruebas recuerda: «Tres días en el frío, la lluvia; el lodo; el dolor del esfuerzo; la ausencia de sueño; un compañero de equipo que se quiebra: esto nos gustó en seguida. Nos consideramos en lo sucesivo como aventureros. Nuestra referencia, es Julio Verne, por Carl Lewis. No nos faltaba nada, salvo lo esencial: la sorpresa», dice la madre de familia. En Francia, más de 60000 personas participan cada año en estas pruebas intensas que las llevan a veces hasta el fin del mundo. En 2000, el raid Elf auténtico confinaba a los competidores al nordeste brasileño, alrededor de Sao Luis, a vivir 10 días de pruebas: remontar el río en kayak, cabalgatas, escaladas, carreras de bicicletas todo terreno, marchas bajo el calor y la humedad. Los raids participan en una noción democratizada y segura de la aventura, ella es el triunfo del hombre sin calidad. Gérard Fusil lo dice bien claro a su manera: «Cada vez más gente sueña con aventuras y con descubrimientos y no quiere más contentarse con vivirlas procurándose las en la televisión» (Le Monde, 26-5-2000).

³ Sobre este gusto por el riesgo en las actividades físicas y deportivas recomendamos nuestras obras *Passions du risque*, Métailié, 2000 y *Conduites à risque*. Des jeux de mort au jeu de vivre, PUF, 2002. N del T: No existe edición en castellano de estas obras de Le Breton. La traducción aproximada de ambos títulos sería "Pasiones del riesgo" y "Conductas de riesgo. De los juegos de muerte al juego de vivir".

Las experiencias asociadas a la «supervivencia» conocen un éxito paradójico en el contexto de nuestras sociedades de confort y comodidad, pero precisamente lógicas en la voluntad de hacer sus pruebas, de contar nada más que consigo mismo. Ellas se alimentan de una voluntad de cuerpo a cuerpo con la naturaleza donde solamente los recursos personales están en juego. El individualismo contemporáneo encuentra allí un terreno de elección: El hombre solo frente a la inmensidad del mundo, la depuración de las limitaciones y de las facilidades de la vida en sociedad, lo que, a partir de eso entonces, confiere un valor sobre la acción emprendida. Todo lo que pasa por el cuerpo es valorizado (la resistencia, el esfuerzo, la lucha, el sudor, la fuerza, etc.). Estas experiencias descansan sobre el imaginario de la desaparición de lo social reduciendo a los «supervivientes» a sus solos recursos, a merced de los elementos. Ellas llevan a su extremo la figura individualista. Reducimos el lazo social a una banda de amigos resueltos y unidos por los mismos esfuerzos para salir de allí, un pequeño grupo caluroso y solidario reemplaza el anonimato y la limitación social. Sueño de otro mundo, elemental, donde el lugar de cada uno es marcado por su tarea, donde el reconocimiento de uno por el otro es el fundamento de lo cotidiano. Simulacro alimentado por un discurso convencional ampliamente compartido por los adeptos de las actividades físicas y deportivas de riesgo cuyas figuras analizamos más lejos⁴.

Las altas cumbres conquistadas a mitad de siglo, hoy son escaladas por un gran número de turistas muy poco competentes en el tema y que pagan para acceder a eso con el mínimo de preparación. Los guías abren la vía y aseguran la logística, los sherpas llevan el equipaje o sostienen a los clientes en caso de desfallecimiento. En 1985, un rico texano de 55 años, sin experiencia en montaña, llegaba así a la cumbre y creaba el precedente que muchas agencias iban a explotar. Hoy, varias expediciones comerciales embotellan los accesos sin alcanzar siempre la cumbre. Hall, uno de los escaladores que murió en el momento de la tragedia de la primavera de 1996, ofrecía ese año allí por una suma consecuente, un tour al Everest. El sobreviviente del drama, Jon Krakauer, cliente de Hall, se acuerda que sus compañeros apenas habían hecho una o dos pequeñas escaladas en el año y se contentaban con mantener su forma en gimnasios. «Nosotros éramos una mezcolanza heteróclita de jugadores de la tercera división que habían obtenido la posibilidad de participar en el campeonato del mundo gracias a un soborno» (Krakauer, 1998, 109). La alta montaña es recorrida por alpinistas novatos o por trekkinistas en altitud, la lista es inagotable. El estremecimiento se hizo un producto propicio para los promotores o los clientes.

⁴ Respecto a la sociabilidad de esas actividades ver por ejemplo Arnould et al. (1999), Holyfield (1999).

Reencantar la existencia

Diversos estudios convergen para mostrar que estas actividades abundantes son realizadas sobretudo por representantes de la clase media o privilegiada que disponen de medios, del tiempo y emplean su capacidad sobre un registro profesional limitado (Le Breton, 1995, 2002; Lyng, 1990; Mitchell, 1983). Los alpinistas agrupados en un club californiano estudiado por Mitchell son esencialmente de clases sociales que ignoran el temor del día siguiente y que conocen condiciones confortables de existencia: “El miembro típico del Mountaineering Training Committee es hombre, blanco, de alrededor de 38 años. Está casado desde hace 9 años y tiene un niño. Es diplomado y empleado en ciertos campos de las ciencias naturales aplicadas, la mayoría de las veces como ingeniero en electrónica o en la industria aeroespacial... Viene de un medio estable, goza de una buena seguridad económica, tiene una buena educación y un puesto de prestigio” (Mitchell, 1983, 185-186). La imposibilidad de realizarse en un trabajo sin sorpresa donde el hombre permanece exterior a su tarea, limitado en sus iniciativas, lleva a la necesidad de encontrarla más allá, en su tiempo libre, donde dar por fin su medida completa en otra dimensión de la realidad donde domina el juego. “Quise romper esta imagen demasiado clásica de madre de familia y probarme que podía hacerlo. Salí de eso embriagada de viento, de velocidad, y muy feliz de haberle torcido el brazo a mis angustias”, dice una joven madre de 3 niños que acaba de lanzarse al paracaidismo.

Los alpinistas encontrados por RG. Mitchell se perciben “como hombres capaces, a menudo excepcionales, cuyos talentos son reprimidos por las regulaciones burocráticas y los modos de organización del trabajo. Cuando la gente creativa ve sus mejores potencialidades asfixiadas por estructuras sociales restrictivas, busca expresar estas capacidades por otros medios. Algunos encuentran su lugar en la búsqueda de situaciones estresantes durante sus actividades de ocio. Escalar montañas ofrece tales oportunidades » (Mitchell, 1983, 224). La calma aparente de una integración social sin preocupaciones provoca conductas inesperadas, provocaciones, desafíos que pretenden añadir a la existencia el temblor que le falta.

Los adeptos a las actividades físicas y deportivas de riesgo (escalada, alpinismo, paracaidismo, caída libre, raids, buceo, triatlón, búsqueda personal de la hazaña, etc.) insisten en efecto en la falta de estimulación que pesa sobre existencias sobreprotegidas por los reglamentos sociales y la comodidad técnica de nuestras sociedades. La rutina, o más bien la seguridad que envuelve la existencia, suscita a veces el aburrimiento. Ella alimenta la búsqueda regular de una intensidad de ser para quien quiere más que lo común. Las sensaciones asociadas a las actividades con riesgos son mucho más solicitadas en tanto que el resto de la vida es pacífico, protegiéndose de todo azar, y la existencia familiar y profesional

están al abrigo de todo temor. Para gozar de una profundización más sensible en su vida personal y de «encontrar sus sensaciones », jugar con el riesgo es una vía real (Le Breton, 1995, 2002; Lyng, 1990; Mitchell, 1983). Estas actividades son buscadas por los mismos usuarios como una compensación de la calma excesiva de la sociedad civil, percibida como esterilizada, aburrida. Son reivindicadas como una manera de encontrarle la sal a la vida en una sociedad que brinda demasiada seguridad.

El riesgo, que nuestras instituciones combaten en múltiples campos, proporciona, si es libremente elegido, una oportunidad de vivir a contracorriente, de volver a las fuentes, de escapar del aburrimiento intensificando el vínculo al instante con una actividad embriagadora. Es un atajo para retomar en las manos una existencia librada a la duda, al caos o a la monotonía. Si él es controlado, es una manera deliberada de poner en valor lo mejor de sí. En el momento de una actividad de ocio o de desafío personal, el riesgo se transforma en una especie de reserva de la cual obtener sentido, realzar un gusto de vivir desfalleciente o aun encontrarlo después de haberlo perdido. Abarca a individuos socialmente bien integrados pero quienes se esfuerzan por evitar la rutina, la seguridad de una existencia demasiado bien reglamentada. La búsqueda del riesgo alimenta una intensidad de ser, que falta comúnmente. Es una manera de quebrantar las rutinas de existencia, una «tentativa de fuga» para repetir el término de Cohen y Taylor (1992)⁵.

La incertidumbre buscada jamás es una ceguera, aunque contiene potencialmente al fracaso y la muerte, debe quedar permanentemente en la esfera de control de la que el individuo se siente capaz. Es la garantía de un compromiso donde es lícito dar así lo mejor de sí, sin equivocarse, teniendo el sentimiento de construir cada segundo de su progresión. Ella lo autoriza a desarrollar sus habilidades, sus reflejos, a desarrollarse en la acción. Cuantas más dificultades implique un paso, siempre quedándose a la medida del hombre, más el individuo se siente reforzado y feliz de haberlo enfrentado, más deja un rastro de memoria, y más poderoso es su rendimiento simbólico en términos identitarios. Si la vía fuese abierta al alpinista sin la menor dificultad, él no se lanzaría con tanta exaltación. La alfombra roja levantada hacia la cumbre es poco interesante, salvo para los principiantes establecidos en el imaginario del riesgo. Se trata justamente de sentirse plenamente existir, de ser sumergido en una situación difícil que exige discernir una salida ejerciendo toda su sagacidad y su resistencia, incluso su coraje. La incertidumbre es una caución al valor de la empresa. Durante esas playas del tiempo en las cuales el individuo encuentra el goce pleno de una existencia que tiende a escapársele, él se sumerge en una creatividad, en una relación lúdica con

⁵ Ver también el análisis de E. Goffman (1974).

el mundo, que no tiene especialmente su ejercicio profesional. El recurso a las sensaciones fuertes, al estremecimiento de las prácticas de riesgo aparece como una respiración necesaria que viene al rescate de la asfixia de sí mismo. *Homo ludens* le gana el lugar al *homo faber*.

Las sociedades humanas disponen así de reservas de sentido que les permiten a los actores de recargarse. La existencia individual conoce entonces un movimiento pendular que va del riesgo a la seguridad, abriéndole así al hombre el conjunto de las dimensiones de su relación potencial con el mundo. Estos compromisos apasionados en las actividades deportivas de riesgo son variaciones sobre el tema del *memento mori*⁶. Ese recordatorio de la precariedad es una lección de felicidad de ser, de murmurar contra la fatalidad de una existencia ciertamente prometida a la muerte, pero el mañana es otro día. Porque tenemos la posibilidad de perder la existencia es que ella es digna de valor (Le Breton, 2002). Las actividades físicas y deportivas de riesgo son una técnica de intensificación del sentimiento de la presencia en el mundo. Ellas hacen del enfrentamiento con uno mismo una prueba de la verdad que el cuerpo viene a validar.

Intensidad de existir

Las actividades físicas y deportivas denominadas de extremo no producen ningún valor económico, ningún provecho personal, están al margen de la escena social, pero sin embargo son una fuerte inversión para el individuo que se desarrolla practicándolas. El enfrentamiento deliberado con el peligro no brinda ninguna recompensa posterior, pero sí la exaltación de “haber salido de allí”, de “haber estado a la altura de las circunstancias”, o “haberse escapado por poco”. La única justificación al compromiso consiste entonces en la intensidad de la emoción encontrada, el sentimiento fuerte de desarrollarse mucho más allí que en la vida diaria o profesional. Este discurso es convencional, e incluso si es realmente sentido en efecto por los individuos, sobrepasa las fronteras, y es retomado hoy por el cine, las revistas, los documentales, la publicidad, etc.

La experiencia exige desde luego una igualdad entre la fuerza y los recursos del individuo y el terreno sobre el cual él los ejerce. Si su emprendimiento está más allá de su voluntad experimenta más bien el sentimiento de ser aplastado por los acontecimientos. Asociando la creatividad y el goce, estas actividades proporcionan un sentimiento de júbilo que sobreestima la proximidad del peligro. El stress seeking⁷ reenvía a una búsqueda de emociones fuertes, de estrés (el lenguaje de los practicantes evoca por otra parte la “búsqueda de adrenalina”), a través de la exposición de sí a situaciones límite marcadas por

⁶ N del T: en latín en el original; la frase significa “Recuerda que morirás”.

⁷ N del T: en inglés en el original; en español sería “estrés buscado”.

el miedo y la excitación. Lejos de ser siempre una situación que hay que evitar, el estrés se hace aquí, en circunstancias queridas por el individuo, el objeto de una codicia apasionada destinada a dar un sabor aumentado a la existencia. La asociación del riesgo y del estrés al desarrollo personal, implica la decisión libre de someterse a eso. Para que el miedo o la incertidumbre engendren una emoción probada por el individuo, las condiciones de su surgimiento deben provenir de una elección deliberada, suscitar la ocasión de una creatividad, de un feliz frenesí. Si el individuo es llevado contra su voluntad a una situación peligrosa, la emoción sentida moviliza la angustia, el estrés en el sentido clásico del término definido por Hans Selye: la emoción es insoportable (Selye, 1975). La multiplicación de las actividades físicas y deportivas de riesgo es evidente en una sociedad donde, para un número creciente de individuos vivir no basta, hay que sentirse existir. Para ellos la evidencia tranquila de vivir no es adquirida, hay que experimentar el hecho de su existencia (Le Breton, 2002).

Las palabras recogidas insisten en el dolor de la prueba, en la tentación de abandonar: "el miedo me paralizó" "fue terrible, pero empezaría de nuevo". El cuerpo es puesto como un duplicado de sí al que hay que combatir como un adversario. El discurso común pone en escena un dualismo que hace del cuerpo un alter ego al que hay que someter. La formulación de "fue duro" es una palabra de reencuentro con el sentido. L. de la Ferrière tardó dos meses y medio en unir a pie y con esquís, el polo Sur con la costa este del continente el océano Antártico, en tierra Adélie, a 3000 kilómetros. En los primeros días de su recorrido, ella dice: "Es infernal, es imposible. Hice tres kilómetros en diez horas y me quedan 2800. Hace menos 45. No siento más mis pies". La surfista Laird Hamilton declara: "Soy una vieja tabla de surf reparada por todas partes. Dejé de contar los puntos de sutura que se me han hecho después que ellos pasaron los mil" (Le Monde, 16-2-2001). El inventario de los sufrimientos es el equivalente a la suma de los trofeos. Más sufrimos y más son comprobados la sinceridad y el valor personal. "Aunque me queden secuelas, como una tendinitis varios días después de la carrera, vale la pena sufrir para terminar. La idea de abandonar no se me ocurre", dice una participante de un raid.

Llegar hasta los límites de la naturaleza para que la carne del mundo y la del cuerpo no sufran ninguna separación, pero al mismo tiempo siendo uno mismo (de ahí la valorización del esfuerzo, de la resistencia, del desafío). Imponerse los límites simbólicamente. Las tentativas dejan entrever un esfuerzo para mezclarse al mundo a través de una voluntad tenaz, alcanzando así de manera provisional un estado de equilibrio donde el hombre de «mí, yo... "se siente sumergido en el cosmos. Pero está fuera de duda que él no retorne al « mí yo... ». El camino trazado en pleno sufrimiento, eventualmente en un juego cerrado o simbólico con la muerte, lleva al corazón del mundo. En el extremo del ago-

tamiento, el éxtasis llega y es quien mezcla al individuo con el mundo, le otorga una soberanía provisoria, pero el recuerdo no lo abandonará más recordándole la eminencia de su valor personal, su privilegio íntimo de haber podido volverse digno de un tal momento.

El individuo penetra otra profundidad de su existencia o inclusive otra dimensión de la realidad, se siente apasionadamente vivo, prueba la sensación de acceder a la realidad por primera vez desde su existencia. «La verdadera vida está en otro lugar», decía Rimbaud, ella no está en las actividades diarias relegadas a un mundo sin relieve, ella es tangible, allí, en la actividad deseada, en este pacto continuamente reiterado con la muerte que lleva la existencia a su punto de máxima admiración. Stephen Lyng, autor de un estudio etnográfico sobre un grupo de paracaidistas, describe su sentimiento de entrar de repente en una «hiperrealidad» (1992, 112), un mundo infinitamente vivo que proyecta el resto de la existencia en la grisalla. «Al menor error, sabemos que podemos todos naufragar, y los baldazos de agua helada sobre la cara nos impiden ver bien. Todo el equipo grita. Se ha flanqueado el obstáculo, qué felicidad llegar temblando, riendo, después de haberse hecho sacudir como sobre un caballo furioso por el río desencadenado», comenta una adepta del rafting. «Cuando subimos al avión para alcanzar la altitud del salto, me siento siempre asustado y asombrado de imponerme una actividad tan rara, saltar de un avión - dice un practicante-. Pero tan pronto como estoy fuera del avión, es como penetrar en otra dimensión. De repente todo parece muy real. La caída libre es mucho más real que la existencia diaria» (Lyng, 1990, p 861). François Morin, adepto de la escalada en solo, dice bien esta exaltación: «Al momento de llegar a la cumbre de una montaña, varias personas te lo podrán decir, se tiene la impresión de sentir la proximidad de Dios o de algo de ese estilo. Aunque no soy creyente, he dicho a menudo, a fe mía, que si Dios existe, él no está lejos de aquí» (Laberge, en Frontières, 1994, 33). La evocación de Dios no es nada más que una manera convencional de nombrar un sentimiento de trascendencia personal.

Esta bocanada de sentido que invade de golpe al individuo le proporciona la potencia interior, un sentimiento de liberación de sí que confina al éxtasis. Jamás él había alcanzado una plenitud tal que parezca justificar en un instante todo su progreso anterior, barriendo pasado y futuro en la culminación del instante. Este momento de excepción no tiene raíces en un fervor religioso, pertenece a lo sagrado, es decir a una fabricación íntima de sentido (Le Breton, 2000; 2002). La experiencia habitualmente descrita es la de una transfiguración personal inducida por el agotamiento o el desorden de los sentidos, el sentimiento brutal e infinitamente fuerte de una fusión con el mundo, de una consciencia modificada. Si bien los relatos mitológicos de la aventura al estilo Joseph Conrad o a lo Jack London forman parte del pasado, asistimos hoy a una apropiación individual

de este mito a través de la pasión de contar sus «aventuras» personales. Si no les está permitido a los contemporáneos sumergirse en el seno de los grandes relatos que dejaron nuestras sociedades con la caída del comunismo, asistimos hoy a la multiplicación de los pequeños relatos sostenidos por los individuos sobre su experiencia personal. El ocio «extremo» en pleno contacto con la naturaleza es una reserva siempre disponible para producir sobre sí un relato interesante que permite existir un instante en la mirada de otro: «fue extraordinario...; hay que hacerlo...; jamás habría creído que yo viviría un momento como ése...».

Al tocar el mundo, el adepto al deporte extremo recupera el contacto simbólico con su medio ambiente, se asegura respecto de los «límites» que necesita para existir. Pero para alcanzar este yacimiento de sentidos disimulado en la profundidad de sí mismo a través de un desgarramiento de la quietud de lo cotidiano. Conminado a dar pruebas sin cesar, e incluso frente a sí mismo, en una sociedad donde las referencias son innumerables y contradictorias, un mundo de competencia profesional y económica donde conviene mostrar sus propios méritos sin cesar, el individuo busca en una relación frontal con el mundo una vía radical de experimentación de sus recursos personales de resistencia, de fuerza y de coraje. A falta de dominancia sobre el poder dominar el mundo, el límite físico viene a reemplazar los límites del sentido que no otorga más el orden social. Lo que no se puede hacer con su existencia, se hace con su cuerpo.

La ordalía o el enfrentamiento radical con la naturaleza y con la muerte

La ambigüedad del límite se sostiene gracias a que éste puede siempre ser rechazado en una puja infinita. Ligado a la sola significación que le confiere el individuo, tiene sólo la duración que él le otorga. ``*Sky is the limit*``, dicen los estadounidenses. En las actividades físicas o deportivas el juego simbólico con la muerte está más o menos marcado, él está diluido en lo ordinario de la práctica, inclusive si es efectuada con prudencia y destreza. Este juego conoce momentos más peligrosos cuando aquella es empujada en la última instancia de la competencia. Más radical es la voluntad de jugar con la muerte, de cosquillearla en su territorio. Ese suplemento reclama la imagen de la ordalía, es decir de una forma de juego deliberado con la muerte (Le Bretón, 2002; 2007). A condición de exponerse a riesgo de perder la vida, el individuo se desliza en el territorio de la muerte y trae el trofeo que no es un objeto, sino una duración impregnada de intensidad de ser, llevando en ella el recuerdo insistente desde el momento en que, por su coraje o su iniciativa, consiguió arrebatarse la garantía de una vida en lo sucesivo bien cómplice.

El asumir un riesgo contiene una parte más o menos lúcida de voluntad, de confianza en sí mismo que lo distingue de la ceguera pura y simple o de una voluntad firme de morir. Supone una evaluación de los recursos propios

del que está a punto de lanzarse a la acción, un cálculo, quizás intuitivo, de la probabilidad del éxito, pero también se apoya en una apuesta que mezcla de manera confusa la habilidad del actor en este género de situación y el sentimiento que él posee de su propia “suerte”, este talento particular de escapar de lo peor. Aparece la hipótesis de un destino favorable, de una potencia particular. Uno de sus componentes se sostiene en el sentimiento que un orden se dibuja en el seno de lo incalculable, y que aquél no es completamente inaccesible a la inteligencia del individuo. Stephen Lyng, sociólogo y paracaidista, adepto de la caída libre, observa una actitud similar en sus compañeros. “Cuando alguien se muere o resulta herido en un accidente de caída libre, esto no significa que ciertos riesgos sobrepasan toda aptitud para maniobrarlos; esto simplemente indica que una persona comprometida en la caída libre no posee necesariamente la capacidad innata de supervivencia” (Lyng, 1990, 859). La impresión de ser el dueño de su destino, de disponer de recursos allí donde otro sería el juguete de las circunstancias proporciona la exaltación de ser de una calidad particular, de poseer este suplemento impalpable que hace de sí mismo un “profesional”, pero también un elegido por la suerte hasta el momento en que el accidente o la muerte vengan para poner término a ese fantasma tan poderoso. Sin la intuición más o menos inconsciente de tener la suerte y el talento de su parte, de no estar completamente desarmado frente a lo imprevisible, asumir el riesgo sería una forma torcida del suicidio, un abandono a las circunstancias, y no una iniciativa personal.

La prueba de la verdad que nace del juego al filo de la navaja, es una manera elegante de poner por un momento la existencia a la altura de la muerte para apoderarse de una parcela de su poderío. “Para mí, dice J-M. Boivin, adepto a los desafíos de todo tipo en alta montaña, la noción de riesgo es predominante. Si no hay ningún riesgo, falta la sal... Yo creo que es necesario que haya una parte de incertidumbre... No me gusta estar seguro del resultado ni que esto sea demasiado bien preparado, sea en mis tentativas de récord de altura o de esquí extremo. ¡Conocer demasiado bien el terreno, haría esto algo demasiado simple! A veces, antes de participar en una carrera muy difícil, no sé en absoluto si voy a ir o no. Lo decido en el último momento y parto abruptamente”. Más lejos, Boivin explica su preferencia por el esquí extremo porque “en ciertas curvas, hay un momento donde te podés sostener solamente por la clavada del palo, estamos suspendidos en el aire. ¡Basta pues con tener en la bajada una capa delgada de hielo escondida bajo el polvo para que todo se termine! ¡Te vas para abajo directamente! Y para mí, es más estimulante”. Para E. Loretan, uno de los grandes alpinistas contemporáneos, “la muerte es la regla de juego de la altitud. Lo sabemos, lo aceptamos”. Más allá de 7500 metros los alpinistas hablan de una entrada a una “zona de muerte” en el seno de la cual los peligros pululan. El mismo E. Loretan cuenta una experiencia de esquí remolcado por un barrilete en

Groenlandia: “alcanzamos velocidades inimaginables. El año pasado, no habíamos llevado freno de auxilio. J. Troillet y yo estábamos enganchados a la misma vela. Una borrasca nos atrapó, el paracaídas se enredó, y nos tiró sin que pudiéramos hacer nada. Si no se hubiese roto nosotros habríamos terminado en las grietas y estaríamos atravesando el Atlántico” (*La Liberté*, 1-3-2001). Un adepto a la escalada en solitario describe su exaltación al subir sin protección: “Conocemos la mayoría de las veces la pared por haberla ya escalado en cordada. ¡Lo que es excitante, es escalarla de nuevo, esta vez con toda libertad, sin sistema de protección! El riesgo proviene por supuesto de que si nos caemos, nos matamos casi seguro” (Frontières, 1994, 32). El alpinista C. Profit explica la intensidad de una llegada al K2 con P. Beghin: “a veces me digo que jamás podré volver a vivir un instante tan intenso. No estábamos verdaderamente seguros de volver. Hasta con una baliza Argos sobre la espalda, si te rompés una pierna, estás muerto. Nadie puede venir buscarte. Soy un enamorado loco de este alpinismo militante, mi pasión es más fuerte que nunca” (*Libération*, 8-12-1994).

Autor destacado de una travesía en el Atlántico en ULM y de otra, nadando 10 horas por día durante dos meses de las islas de Cabo Verde hasta las Antillas, Guy Delage es representativo de estas pasiones con riesgo en las que los testimonios abundan y en las cuales los adeptos describen en qué medida el enfrentamiento simbólico con la muerte es una trivialidad de la que suelen salir vencedores. “La muerte es un polo magnético para mí... Yo aprendí a vivir cerca de ella, a mirarla de frente, muy seguido la incluí como una hipótesis factible en mis proyectos... Por supuesto, hay un juego... Me gusta rozar la muerte sin alcanzarla jamás, este juego sutil que me proporciona un placer extremo. Esta visión permanente de aquello de lo que se debe escapar libera flujos de adrenalina... por lo tanto, de goce”. Antes de lanzarse para ganar la otra orilla del Atlántico a nado les escribe a sus amigos en postales: “¿El Atlántico, esta vez, me dejará pasar del otro lado? Si es no, mis allegados recibirán sobre este insignificante trozo de papel mis últimos pensamientos afectuosos hacia ellos”. Desde luego, Guy Delage rechaza toda intención suicida. “Yo amo terriblemente la vida. Quiero conocer todos los rincones, todas las posibilidades. Yo busco ensanchar los campos de mi envoltorio de vida, transformándola como una burbuja, inflándola hasta el límite de sus posibilidades de estallar. El juego consiste en rozar con el estallido sin provocarlo. Mis experiencias extraordinarias me permiten disfrutar de una vida intensa de pasiones”⁸. El surfista Laird Hamilton describe el horizonte del mar a la altura de la costa norte de la isla de Kauai: «es allá donde se levantará un

⁸ N del T: *Wilderness* (en inglés en el original) significa páramo, estepa. La palabra *Wilderness* intenta reflejar el concepto de naturaleza en estado puro o salvaje, sin modificación por la intervención humana.

día la ola más alta del mundo, yo espero ese día, y allí estaré para surfearla» (Le Monde, 16-2-2001). Se trata de exponerse, (o de haberlo hecho) de arriesgarse y de abandonar provisoriamente o en forma permanente la comodidad y la seguridad, de empujar el cuerpo al límite de sus recursos, de ir lo más lejos posible, y de mantenerse simbólicamente sobre la línea divisoria entre vivir y morir.

Solicitud ritual del destino, la ordalía implica una probabilidad no despreciable de morir. Ella lleva la metáfora del contacto con la muerte a lo más próximo del último límite, siempre dejando una posibilidad de salvarse. Ella no es en absoluto una manera indirecta de esperar sus días, sino más bien una posibilidad que se da el individuo, con el riesgo de pagar el precio si fracasa en su tentativa. Enfrentándose a lo peor, él busca ganar siendo el mejor, convertir su miedo, su agotamiento, en goce, en determinación del carácter. Si consigue salir indemne de la prueba, el intercambio simbólico anudado con la muerte agrega la exaltación de estar todavía vivo. El posee la intuición embriagadora de tener una garantía. La ordalía es un medio poderoso de construcción identitaria.

El mito moderno del wilderness

La “naturaleza extrema” puesta en el discurso de las actividades físicas y deportivas de riesgo es un resurgir moderno del *wilderness*⁹, de la tierra salvaje más allá de la línea de sombra descrita por Joseph Conrad, allí donde el hombre mismo despojado de todo artificio no tiene otro adversario que sí mismo bajo la mirada de los elementos. El wilderness es un mundo hostil y despiadado pero justo, dicen sus adeptos que él sabe reconocer a los suyos, que no oculta ningún falso sentido, ninguna de las crueldades que abundan en la sociedad. “No perdona”, por cierto, pero sus respuestas están a la altura de las insuficiencias del individuo, manera elegante de depositar la nobleza personal de los que se sienten cómodos allí, elegidos teniendo la gracia de recibir la extremaunción. El discurso sobre la “hipocresía” de las relaciones sociales, la “falsedad” de los individuos, el gusto por la soledad es un leit motiv en numerosos adeptos del deporte extremo en busca de un enfrentamiento directo con una naturaleza mistificada. Ninguna apariencia falsa sino una evaluación rigurosa de lo que se es, no sólo en la prueba sino también finalmente como sujeto. El wilderness otorga una patente de existencia muy superior a aquélla de la sociedad. Walter Bonatti lo dice a su manera: “desde mi infancia me pareció mucho más fácil tratar con la naturaleza que con los hombres. Encontraba en ella una especie de lealtad que hacía posible un silencioso, un afectuoso diálogo, en tanto que en medio de los hombres y de

⁹ N del T: Wilderness (en inglés en el original) significa páramo, estepa. La palabra Wilderness intenta reflejar el concepto de naturaleza en estado puro o salvaje, sin modificación por la intervención humana.

sus procedimientos a menudo solapados, y con mi falta de preparación, yo me debatía desorientado”¹⁰.

El *wilderness* es aquí un mundo escatimado por el pecado original de la presencia de otros. El imperativo de situarse, de reconocerse, la demanda difusa dirigida a la “naturaleza extrema” de llevar adelante una legitimidad de existir que sólo ella parece ser capaz de proveer, se encuentra a niveles múltiples que van de un juego cerrado con la muerte hasta combates más simbólicos (trekking, carreras de ruta, etc.) donde el individuo se pone frente a una naturaleza de la cual busca hacerse digno. L. Bourgnon, navegante, explica que “a veces cuando todo va mal, (el mar) me hace creer en Dios. Te pone frente a ti mismo, es un espejo, sobre todo cuando navegas solo. No puedes esconder nada. Estás totalmente desnudo. No es el material que tienes lo que cuenta, eres sólo un grano de arena, una pequeñez. Y el mar decide si te deja pasar o no” (Le Nouveau Quotidien, 13-12-1992). Jo Le Guen, que quería unir a remo Wellington con Ushuaia, en Argentina, renuncia a un tercio del trayecto a causa de un principio de gangrena en los pies. Explica que él “quiere lo rudo, lo concreto, no lo de «querido amigo». Sobre el agua, todo es tan simple: una depresión, es algo más franco que una sociedad” (Télérama, el 28 de junio de 2000). Necesidad interior de pasar sus pruebas, de justificarse que se existe cuando la sociedad no satisface completamente la orientación antropológica de sus miembros.

En este contexto toda decisión, todo gesto lleva su peso de verdad que permite superar el obstáculo o ser barrido por el menor error de apreciación. Este mundo tajante, avaro de segunda posibilidad, está desprovisto de complacencia porque está fuera de la contaminación del espíritu del hombre, materializa una palabra de verdad sobre sí, sobre sus competencias. Es en este espíritu que hay que escuchar la frase terrible atribuida a Eric Tabarly según el cual “un hombre que cae al mar no tiene su lugar en un barco”. Durante mucho tiempo, en efecto, el navegante estará a merced de los elementos, uno de los grandes marinos de su tiempo, antes de ser a su turno barrido por una ola sobre el puente de su barco. El privilegio del mar es brindarse por entero moralmente, sin hipocresía. Dice la verdad sin vacilar ya que enuncia concretamente su veredicto sancionando el error o recompensando la acción justa. La falta es simultáneamente técnica o moral.

El *wilderness* aleja de la ambivalencia del mundo, de las decepciones que otros prodigan a veces, reduce la existencia diaria a una serie de acciones precisas a cumplir y libera el imaginario. Frente a los elementos, abandonado a sus solos recursos, el individuo experimenta el sentimiento de pertenecerse por fin, para dar la mejor versión de él mismo. El enfrentamiento con el mar es ante todo un

¹⁰ Walter Bonatti, *A mes montagnes*, Paris, Arthaud, 1962, 11.

enfrentamiento a sí mismo durante una prueba deliberadamente consentida. Isabelle Autissier lo dice bien: “Estar sola, es ser responsable de lo que soy” (Le Monde, 5-2-1999). El tiempo del *wilderness* es de una duración sin compromiso, entre paréntesis, un período de retorno sobre sí, de meditación sobre el sentido de la existencia inclusive si las comunicaciones con la tierra no se cortan jamás y si la preocupación por avanzar se sostiene.

La larga ordalía al filo de la navaja le da por fin al individuo una respuesta firme a la cuestión temible del valor de su existencia. Es un juicio moderno de Dios, incluso si aquéllos que lo interrogan de esta manera radical no son creyentes. La prueba se transforma en figura del destino consagrada a decir o no la legitimidad de existir en un juego simbólico con la muerte que permite aflorar una verdad radical para el sujeto. “La gente me daba miedo, yo encontraba que ellos eran falsos, había que fingir sin parar. Me dije que en el fondo, la naturaleza no decepcionaba, ella está ahí, es real. Si no la querés, si te burlás de ella, ella no nos lo perdona. Si usted no tiene cuidado y si sale y hay una tormenta, usted corre peligro de recibir un rayo. Bien hecho por usted, usted se lo buscó, no hay que divertirse”, dice una mujer alpinista. El que pierde la alianza con el mundo, el don de sí a los elementos, la fusión de su cuerpo al entorno, es acechado por el despertar brutal de una naturaleza que se rebela. Si el practicante es indigno de la danza con los elementos, su estadía será prohibida y echado del “paraíso”. La relación con la “naturaleza” se instaura en revelación de sí. “Podemos equivocarnos sobre nosotros mismos, o sobre los otros, pero la montaña (o el mar) no hace trampas” escribe una joven mujer después de un curso de supervivencia con una decena de participantes bajo la égida de un organismo especializado. Los ritos de ordalía son también ritos de oráculo de sociedades que han perdido sus líneas de orientación. Al caos de la existencia personal, ellos sustituyen una respuesta sin ambigüedad. El oráculo es sin apelación, ahí es donde está su fuerza de atracción para el individuo, a menudo propenso más tarde a evocar a los otros la memoria de este momento de soberanía personal.

El *wilderness* se transforma en la llave para domesticar el regreso al lazo social después de haber sido celebrado como instancia de despojo, de revelación de sí. Si la sociedad fracasa en darle al individuo un sentimiento de plenitud que vuelva la vida digna de ser vivida, la naturaleza en un juego simbólico con la muerte conferido por la prueba, lo concede en una verdad indiscutible. Autoridad sin defecto, dado que es llamada a no estar manchada por las imperfecciones del hombre, da su veredicto, confirma al individuo sobre su valor personal. Por encima de la pelea, ella integra, es un lugar eminente de fabricación de lo sagrado a uso íntimo. Antítesis de una sociedad pensada como “antinaturaleza” bajo cualquier mirada, la naturaleza extrema le autoriza la reconciliación consigo y con el mundo. Espacio de transición donde librarse de su antigua identidad o

paréntesis de júbilo sensorial, en uno o en el otro caso, se trata de volver con una fuerza y una lucidez aumentadas. La naturaleza, en asociación con la muerte, es como una verdad última del individualismo occidental, se impone como única compañera digna de valor, la sola interlocutora digna de algún respeto. La muerte simbólicamente superada permite continuar viviendo bajo la luz de una legitimidad nueva. Favorece una intensidad renovada del hecho de vivir, restaura una relación con el mundo más propicio. A veces inclusive la prueba desemboca en un sentimiento de renacimiento personal¹¹.

Ya lo hemos visto, en las actividades físicas y deportivas de riesgo el cuerpo traduce una cara de la autenticidad. Él encarna la prueba de la verdad. En el discurso de sus adeptos estas prácticas son una manera de someter a un test su valor personal. La lucha contra su propio cuerpo vuelve en las palabras, esa mezcla de rencor y de júbilo respecto de él, según sean las circunstancias de la prueba. La unidad fenomenológica del hombre es a menudo quebrantada. Un dualismo de un nuevo tipo hace su aparición, no opone más el cuerpo al alma o al espíritu, sino al individuo mismo. El cuerpo hasta se metamorfosea en adversario que hay que someter. En su desnudez, su autenticidad presunta, él está confrontado con una otra figura imaginaria de la verdad: el wilderness. La insistencia está puesta sobre las “sensaciones” vivenciadas, el sentimiento, por fin, de tener su existencia en el puño de la mano a través del control de su cuerpo. Aún el sufrimiento experimentado durante pruebas de larga duración es puesto en escena de manera espectacular como prueba de legitimidad. El cuerpo se vuelve entonces una vía posible de salvación en una perspectiva laica donde el individuo decide las pruebas que él se inflige para testear su valor. Se trata de encontrar un arraigamiento más sólido en su existencia.

Bibliografía

- ARNOULD EJ., PRICE LL., OTNES C., Making consumption magic. A study of white-water river rafting, Journal of contemporary ethnography, vol. 28, n°1, 1999.
- COHEN S., TAYLOR L., Escape attempts. The theory and practice of resistance

¹¹ Para el hombre socialmente bien integrado, la asunción de riesgo deliberado es una manera de acordarse del precio de la existencia. Para el joven, es una última manera de fabricar sentido, testimonio su resistencia activa y sus tentativas activas de insertarse en el mundo. Lejos de ser puramente destructora, depende de un juego simbólico, de una experimentación de sí, de una búsqueda tanteando los límites. A menudo el joven descubre un sentido y un valor a su vida a través de la resolución de una crisis personal, y no tanto reconociéndose desde el principio en el sistema de sentidos de su sociedad. Las conductas de riesgo son así una forma de rito personal de pasaje, de auto iniciación. Cuando otros modos de simbolización fracasaron, escapar de la muerte administra la última prueba de que una garantía reina sobre su existencia. La ordalía, esta forma salvaje del destino, ha emitido su juicio (Le Breton, 2000; 2002; 2007)

- to everyday life, London, Routledge, 1992.
- FRONTIERES, «Les conduites extrêmes», vol 6, n°3, 1994.
- GIDDENS A., Les conséquences de la modernité, Paris, L'Harmattan, 1994.
- , Modernity and self-identity, Cambridge, Polity Press, 1991.
- HOLYFIELD L., Manufacturing adventure. The buying and selling of adventure, Journal of Contemporary ethnography, vol. 28, n°1, 1999.
- GOFFMAN E., Les lieux de l'action, in Les rites d'interaction, Paris, Minuit, 1974.
- KLAUSNER S. Z. (ed.), Why man takes chances. Studies in stress-seeking, Garden city, Doubleday Anchor, 1968.
- KRAKAUER J., Tragédie sur l'Everest, Paris, Presses de la Cité, 1998.
- LE BRETON D., El sabor el mundo. Una antropología de los sentidos, Buenos Aires, Nueva Vision, 2007.
- , En souffrance. Adolescence et entrée dans la vie, Paris, Métailié, 2007.
- , Conduites à risque. Des jeux de mort au jeu de vivre, Paris, Presses Universitaires de France, 2002.
- , L'adieu au corps, Paris, Métailié, 1999.
- , Passions du risque, Paris, Métailié, 2000.
- , Antropología del dolor, Madrid, Seix Barral, 1999.
- , Playing symbolically with death in extreme sports, Body and society, VI, 1, 2000.
- , Il corpo in pericolo. Antropologia delle attività fisiche e sportive a rischio, Rassegna Italiana di Sociologia, n°3, 2002.
- LYNG S., Edgework: a social psychological analysis of voluntary risk taking, American Journal of Sociology, Vol 95, n°4, 1990.
- MITCHELL R. G. Jr, Mountain experience. The psychology and sociology of adventure, Chicago, the University of Chicago press, 1983.
- SELYE H., Le stress de la vie. Le problème de l'adaptation, Paris, Gallimard, 1975.